

CARTA XVIII.

ÚLTIMOS DETALLES.

«He llegado á Madrid con toda felicidad; no hemos experimentado ni choque ni descarrilamiento alguno. Las compañías de ladrones organizadas en algunos pueblos del tránsito tampoco han tenido esta vez empeño en detenernos; todos los *rails* de la vía estaban en su puesto.

Mi amigo me esperaba en el *andén*, donde la máquina fatigada exhala el último suspiro y el tren se detiene como una vida que se acaba. Así es que al salir del coche, cargado con mi pequeña maleta de viaje, me encontré en sus brazos.

Creo que á los dos se nos llenaron los ojos de lágrimas al abrazarnos; pero, si fué así, nos ocultamos mutuamente esta debilidad de nuestros corazones.

En la puerta de la estación nos esperaba la arrogante berlina del opulento millonario. Un lacayo, vestido de rica librea, me quitó la maleta de las manos, y entré en el coche, sin acordarme de mi horror al lujo.

Por algún tiempo permanecimos silenciosos. Teníamos muchas cosas que decirnos, y no acertábamos á decirnos nada. Al fin se rompió aquel triste silencio, y entonces nos quitábamos uno á otro la palabra de la boca.

No tengo de qué quejarme; la habitación que ha dispuesto para mi alojamiento está modestamente amueblada. No hay terciopelo, ni damasco, ni tapicería; todo es *gutta-percha*; pero al sentarme en una butaca, he podido observar que debajo de tan modesto vestido se ocultan magníficos muelles.

En honor de la verdad, le perdóné fácilmente esta pequeña traición. Los muelles son indudablemente un lujo, ¡pero es un lujo tan cómodo!... No obstante, lo miré, como si quisiera reconvenirle; pero se sonrió, y no tuve más remedio que sonreirme. Era la primera vez que nos sonreíamos desde mi llegada.

Sobre la mesa de escribir vi una escribanía bastante artística, que me pareció de zinc; después he averiguado que es de plata oxidada.

Á la hora del almuerzo vino á buscarme para conducirme al comedor. Allí me encontré con tres personas desconocidas: una señora, en la que se advertía que, bien á pesar suyo, había pasado ya de los cincuenta años; un señor de semblante fresco y grandes bigotes completamente blancos, que le daban cierto aspecto militar, aunque la frescura del rostro dejaba traslucir que no había enca-

necido en los campamentos, y un joven pálido y excesivamente calvo, exquisitamente vestido, y, á mi parecer, de aspecto insignificante.

Estos tres individuos formaban una sola familia; son padre, madre é hijo: la madre es tía algo lejana de Elisa, la cual entró en el comedor al mismo tiempo que nosotros.

—Mi presentación fué en estos términos:

—Señores (dijo mi amigo), tengo una verdadera satisfacción en presentar á Vds. á mi íntimo amigo y deseado huésped (aquí pronunció mi nombre, y añadió): Creo que no será para Vds. una persona del todo desconocida.

Yo me incliné, haciendo una cortesía bastante ceremoniosa, y todos se inclinaron del mismo modo. La señora, dejándome entender que, en efecto, mi nombre no le era desconocido; el hijo clavando en mí sus ojos redondos y cenicientos con una curiosidad algo impertinente, y el padre encogiéndose de hombros, como dando á entender que no me había oído nombrar en toda su vida. En cuanto á Elisa, encontré en su saludo una mezcla particular de afabilidad y desdén; su fisonomía se me presentó misteriosa, como una puerta entreabierta. Había en ella bastante cortesía y muy poca franqueza.

Después de estos cumplimientos, pasamos á la segunda parte. Mi amigo, invirtiendo el orden, me dió á conocer uno á uno á los tres individuos de aquella familia, y entonces supe que el padre era

general, la madre tía de Elisa, y el hijo un joven de esperanzas, que sabía vestirse con todo el rigor de la moda. Luego, volviéndose, y sin mirar á Elisa, me dijo:

—Si estás al corriente de las celebridades de nuestro tiempo, me parece que habrás reconocido ya á la bella mujer á quien he unido mi suerte para siempre, y sería ofender tu ilustración advertirte que estás en presencia de la señora de esta casa.

Yo lo oí inclinándome profundamente, porque quería dar una señal inequívoca de asentimiento.

Cumplidas estas formalidades algo fastidiosas, pero necesarias para que la gente se conozca, nos sentamos á la mesa y comenzó el almuerzo.

Confieso que la celebridad de que goza la belleza de Elisa es justa; un artista consumado no encontraría modelo más perfecto.

El dibujo de sus facciones es de una corrección admirable y de una pureza de líneas que sorprende.

Su tez brilla con esa blancura sonrosada que Dios ha concedido al nácar, y, si es verdad que existe la sangre azul, es indudablemente la que circula por el limpio azul de sus venas.

Es alta, fina, flexible.

El arte, permítaseme esta pedantería, desde el punto de vista plástico, nada tiene que pedirle, porque están fielmente observadas todas las reglas.

Si la hubiera visto inmóvil sobre un pedestal,

vestida con una túnica griega, la habría tomado por obra maestra de Fidias.

El observador que no se deje deslumbrar por lo armonioso del conjunto, podrá distinguir una arruga imperiosa y fugitiva que suele asomar entre sus dos cejas. A pesar del encanto de su sonrisa, podrá advertir también en su boca un gesto duro, que aparece como una nota desafinada en medio de una melodía.

Sus ojos son de un azul magnífico, coronados de hermosas pestañas; pero brilla en ellos la mirada con un resplandor frío, semejante al que produce la luz eléctrica.

Cuando toma parte en la conversación, parece que desciende de alguna altura sólo de ella conocida. Podría decirse que es una estatua que sale de la contemplación de sí misma.

Es un sol cuyos resplandores brillan y no arden; una luz sin calor, un rayo que no quema. Admira, pero no atrae. Es una obra de Museo, que Inglaterra, por ejemplo, pagaría á peso de oro.

Hoy he conocido al agente de Bolsa, y he sorprendido en él momentos de alegría y momentos de tristeza. Lo entristece la idea de que vive, y lo alegra la esperanza de que morirá pronto.

Creo que en esta primera entrevista se han estrechado nuestros corazones tan afectuosamente como nuestras manos.

La galería de cuadros es excelente; hay en ella

buenos retratos; pero no he encontrado en ella lo que busco. Sin embargo, no he perdido la esperanza de encontrarlo. Debe estar en el tocador de Elisa. Mas, ¿cómo penetrar en ese santuario de su belleza?...

Veremos.

Ya he visto. Anoche hubo recepción, y asistí á ella. Elisa me presentó á sus amigos, y, en honor de la verdad, fuí muy bien recibido.

¡Oh! Sí; las exterioridades del gran mundo son muy agradables. Es la superficie, es un espejo donde suele uno verse á su gusto; el fondo ya es otra cosa.

Por acercarme al tocador de Elisa, donde yo deseaba penetrar, entré en el gabinete del *trousseau*, y me puse á contemplar la riqueza de un soberbio velador de porcelana que lucía su valor y su mérito en medio de la estancia.

Sobre el velador había un volumen ricamente encuadernado, en cuyo canto leí: «Álbum de retratos». Abrí el libro por la primera página, y la imagen de Elisa se presentó á mis ojos fotografiada con una exactitud maravillosa. La fidelidad poco escrupulosa de la cámara obscura había reproducido la expresión fría de su alma, sin ocultar ninguna de sus raras perfecciones.

Repasé una á una las páginas del libro, donde las principales bellezas de Madrid habían dejado á la posteridad un recuerdo de sus respectivas

fisionomías y de sus más estudiadas actitudes.

Al fin llegué á una página, en la cual me detuve; examiné atentamente la nueva imagen que tenía delante, y, sin poder contenerme, di una palmada sobre el libro. Estaba seguro de haber encontrado lo que buscaba.

Buscaba el retrato de Octavia, y si no era el que contemplaba en aquel instante, debía serlo.

Una voz sonó cerca de mi oído, diciendo:

—La has conocido.... : es *ella*.

Volví la cabeza, y me encontré con mi amigo, que, apoyado en el respaldo de mi asiento, seguía atentamente mi excursión por el álbum de los retratos.

Si Elisa es el brillante que deslumbra, Octavia es la perla que se esconde.

No puedo negarme la satisfacción de haberla adivinado. Mas ¿en qué he podido reconocerla?... ¿En la firmeza de la mirada? ¿En la bondad de la sonrisa?... ¿En la nobleza de la frente?... ¿En la gracia de la expresión?... ¿En la misteriosa tristeza de sus ojos rasgados y negros?...

No lo sé.

¿Acaso la he reconocido en la modestia de su vestido, en la sencillez de sus adornos, en la naturalidad de su actitud?...

No puedo asegurarlo.

El millonario, el agente de Bolsa y yo forma-

mos una sociedad íntima aparte de la sociedad que nos rodea. Respiramos otro ambiente y vivimos en otra atmósfera.

Y el caso es que este millonario, condenado á secreta desdicha, y este enfermo que se acerca rápidamente al término de su vida, han contagiado mi espíritu.

Pienso en Octavia casi tanto como ellos.

¡Qué contrastes!... Mientras el mundo inconstante no sabe hoy más que hablar de Elisa, nosotros, en la intimidad de nuestras conversaciones, no acertamos á hablar más que de Octavia.

Él admira la belleza del rostro; nosotros la hermosura del alma.

FIN DE « UN ROSTRO Y UN ALMA ».

